

ligero movimiento de cabeza que Chicot creyó haber visto exclusivamente.

Seguro, pues, de que retirándose daría gusto á los regios esposos, salió del gabinete después de dirigir á los dos un solo saludo respetuoso.

## VIII

## Composición en lugar de versión.

El alejar aquel testigo á quien Margarita suponía más instruido en el latín que lo que confesaba él mismo, era ya un triunfo ó por lo menos una prenda de seguridad para ella; pues, como ya hemos dicho, Margarita no creía que Chicot fuese tan lego como quería aparentar, mientras que, sola con su marido, podía dar á cada palabra mucha más extensión que todos los escolásticos acabados en *us* habían dado á Plauto ó á Peseo, estos grandes enigmas en grandes versos del mundo latino.

Enrique y su esposa tuvieron la satisfacción de hallarse frente á frente solos.

Sobre el rostro del rey no se notaba la menor inquietud, la menor apariencia de amenaza. Decididamente el rey ignoraba el latín.

— Señor, — dijo Margarita, — aguardo á que me interroguéis.

— Esa carta os preocupa mucho, amiga mía, — respondió Enrique; — no os alarméis así.

— Consiste, señor, en que ella por sí sola es ó debiera ser un verdadero acontecimiento, pues un rey no envía de este modo á otro rey un mensajero sin razones de alta importancia.

Pues en ese caso dejémonos de mensajes y de mensajeros. Decidme, ¿no teníais preparada para esta noche alguna cosa... así como un baile?

— Estaba en proyecto, señor, — contestó Margarita admirada, — pero eso nada tiene de particular, pues ya sabéis que casi todas las noches bailamos.

— Yo he dispuesto para mañana una cacería... ¡Oh! una gran cacería.

— ¡Ah!

— Sí, una batida de lobos.

— Cada cual se divierte á su modo, señor; vos

sois aficionado á la caza, y á mí me gusta el baile; yo danzo mientras vos cazáis.

— En efecto, amiga mía, — repuso Enrique suspirando, — y en verdad que nada hay de malo en esto.

— Ciertamente, pero V. M. lo dice suspirando.

— Escuchadme, señora.

Margarita se dispuso á hacerlo con la mayor atención.

— Tengo ciertas inquietudes.

— ¿Con qué motivo, señor?

— Por un rumor que circula.

— ¡Por un rumor! ¿V. M. hace caso de rumores?

— Nada más sencillo, amiga mía, cuando ese rumor puede ocasionaros un disgusto.

— ¿Á mí?

— Sí, á vos.

— Señor, no os entiendo.

— ¿Nada habéis oído decir? — preguntó Enrique en el mismo tono.

Margarita se puso á temblar sospechando que fuese una manera indirecta de atacar que tomaba el rey.

— Señor, — continuó la reina, — soy la mujer menos curiosa del mundo y nunca oigo más que lo que vienen á referirme. Por otra parte, doy tan poca importancia á eso que llamáis rumores, que aun cuando llegasen á mis oídos me harían muy poca mella; mucho menos pueden interesarme cuando pasan por mi lado sin dejar huella en mi ánimo.

— ¿Sois pues de parecer, señora, que deben despreciarse todos esos rumores?

— Precisamente, señor, y nosotros debemos hacerlo más que otro alguno, porque somos reyes.

— ¡Cómo! ¡cómo!

— Porque nosotros los reyes, siendo el objeto de cuanto se habla, tendríamos demasiado que hacer si de todo hiciésemos caso.

— Pues bien; se me figura que tenéis razón, amiga mía, y voy á proporeionaros una ocasión excelente en que podáis aplicar vuestra filosofía.

Margarita creyó que había llegado el momento decisivo; se armó de todo su valor y dijo con voz firme y serena:

— Sea pues... con mucho gusto mío.

Enrique dió principio así, con el tono de un peni-

tente que se ve precisado á confesar una gran culpa:

— Ya conocéis el interés que me inspira mi hija Fosseuse.

— ¡Ah! ¡ah! — exclamó Margarita al ver que no se trataba de ella, añadiendo con un acento que revelaba su triunfo:

— Sí, sí, la joven Fosseuse... vuestra amiga.

— En efecto, señora, — repuso Enrique sin inmutarse; — la joven Fosseuse.

— ¿Mi dama de honor?

— Vuestra dama de honor.

— Por la cual estáis loco... perdido.

— Habláis, amiga mía, fundándoos sin duda en alguno de esos rumores de los cuales hacéis tan poco caso.

— Es cierto, señor, — respondió Margarita sonriéndose, — y os pido perdón humildemente.

— El rumor público, como habéis dicho muy bien, miente por lo regular, amiga mía, y nosotros los reyes tenemos sobre todo grande necesidad de convertir este teorema en axioma. ¡Ira de Dios, señora! Me parece que estoy hablando en griego.

Y Enrique dió una carcajada.

Margarita vió una ironía en aquella risa estrepitosa, y muy particularmente en la fina mirada que la había acompañado : concibió por consiguiente algunos temores, luego se repuso y dijo :

— ¿ Qué me hablabais respecto á Fosseuse ?

— Está enferma, amiga mía, y los médicos no conocen su mal.

— ¡ Cosa extraña, señor ! Fosseuse, que al decir de V. M. es una mujer que ha sido siempre tan prudente... Fosseuse, que, si he de creerlo, es capaz de resistirse á un rey, aunque un rey la galantease ; Fosseuse, esa flor pura, ese cristal de virtud, debe permitir que la ciencia penetre hasta el fondo de su corazón, de sus alegrías y de sus dolores.

— Y sin embargo no sucede así, — observó Enrique con tristeza.

— ¡ Cómo ! — exclamó la reina con esa impetuosa malicia que la mujer más superior nunca deja de arrojar como un dardo contra otra mujer... — ¡ Cómo ! ¿ Fosseuse no es una flor pura ?

— Yo no he dicho nada de eso, — contestó con sequedad Enrique, — y Dios me libre de acusar á nadie. Repito que mi hija Fosseuse está atacada de un mal que se obstina en ocultar á los médicos.

— Pase por lo que toca á los médicos, pero á vos... á su confidente... á su padre... eso me parece muy singular.

— Es lo único que puedo deciros, amiga mía, — replicó el rey con su graciosa sonrisa habitual, — ó, si me hallo más enterado, juzgó conveniente detenerme aquí.

— En tal caso, — dijo Margarita, que creía adivinar, en vista del sesgo que tomaba la conversación, ó que estaban de su parte todas las ventajas, y que ella debía conceder un perdón en vez de hallarse por el contrario precisada á solicitarlo ; — en tal caso ignoro, señor, lo que desea V. M., y espero que se explique.

— Supuesto que lo esperáis, amiga mía, voy á contároslo todo.

Margarita hizo un movimiento indicando que estaba pronta á escuchar.

— Sería necesario, — dijo Enrique, — pero al mismo tiempo sería también exigir demasiado de vos, amiga mía...

— Decidlo, señor.

— Sería necesario queuviéseis la bondad de pasar al lado de mi hija Fosseuse.

— ¡ Visitar yo á esa joven, que, según se dice, tiene el honor de ser vuestra querida, honor que vos no declináis !

— Vamos poco á poco, amiga mía, — repuso el rey. — Bajo mi palabra os aseguro que sois capaz de dar un escándalo con vuestras exclamaciones, y no sé por Dios si de ese escándalo se alegraría la corte de Francia ; porque en esa carta de mi cuñado el rey, que Chicot me ha recitado, se lee : *Quotidie scandalum*, es decir, según la traducción de un pobre humanista como yo, *escándalos cotidianos*.

Margarita hizo un movimiento.

— Para esto no se necesita saber latin, — añadió Enrique, — porque casi está en francés.

— Pero, señor, — preguntó Margarita, — ¿ á quién pueden aplicarse esas palabras ?

— Eso es justamente lo que no he podido entender ; pero vos que sabéis latin me ayudaréis á descifrarlas cuando lleguemos á ellas.

Margarita se puso encendida como la grana, en tanto que con la cabeza baja parecía que Enrique procuraba descubrir sencillamente á qué persona de su corte podía aplicarse el *quotidie scandalum*.

— Muy bien, señor ; por amor á la paz, — dijo la reina, queréis que dé un paso humillante ; obedeceré también por amor á la paz.

— Gracias, amiga mía, gracias, — contestó Enrique.

— Pero ¿ cuál será el objeto de esa visita ?

— Muy sencillo, señora.

— Es preciso que me lo digáis, pues os confieso que soy tan simple que no puedo adivinarlo.

— Pues bien, encontraréis á Fosseuse acostada en su lecho y rodeada de las damas de honor ; pero éstas son tan curiosas é indiscretas que nadie sabe el extremo á que su ama puede verse reducida.

— Pero ¿ teme alguna cosa ? — exclamó Margarita llena de cólera y de despecho. — ¿ Conque quiere ocultarse ?

— No lo sé, — respondió Enrique, — y si solo que tiene precisión de dejar la estancia de las damas de honor.

— Si quiere ocultarse que no cuente conmigo

— Puedo cerrar los ojos sobre ciertas cosas, pero nunca aparecer como cómplice en ellas.

Y Margarita esperó el efecto de su ultimatum.

Pero Enrique no se daba por entendido ; había

dejado caer su cabeza tomando la actitud pensativa que tanto había llamado un momento antes la atención de la reina.

*Margota*. — murmuró. — *Margota cum Turenno*. Hé aquí, señora, los dos nombres que yo buscaba : *Margota cum Turenno*.

La reina tembló de veras al oír esto, y se puso como el carmesí.

— Calumnias, señor, — exclamó. — ¡ Y vos me las repetís !

— ¿ Qué calumnias ? contestó Enrique con la mayor sencillez. — ¿ Conque entendéis que se trata aquí de calumnias ? Ahora me acuerdo de otro pasaje de la carta de mi hermano : *Margota cum Turenno conveniunt in castello nomine Lorgnac* : es indispensable que algún cura me traduzca esta carta.

— Dejémonos ya de bromas, señor, — replicó Margarita con ansiedad, — y decidme francamente lo que exigís de mí.

— Descaría, querida mía, que separaseis á Fosseuse de las demás camaristas, y que, poniéndola en una habitación sola, le enviaseis un solo médico discreto, el vuestro por ejemplo.

— ¡ Oh ! comprendo todo, — exclamó la reina.

— Fosseuse, que hacía tanto alarde de su virtud, Fosseuse, que ostentaba una mentida virginidad, se halla encinta y próxima á ser madre.

— No digo eso, amiga mía, — exclamó Enrique, — no digo eso ; vos sois quien lo afirmáis.

— Esa es la verdad, señor, — contestó Margarita ; — vuestro tono insinuante, vuestra falsa humildad me lo prueban ; pero el sacrificio que me imponéis es de aquellos que nadie, ni un rey, pide á su mujer. Reparad vos mismo la desgracia de Mlle. de Fosseuse ; sois su cómplice, señor, y os incumbe hacerlo así ; la pena debe caer sobre el culpable, y no sobre el inocente.

— Sobre el culpable, bueno : volvéis á recordarme los términos de esa carta horrible.

— ¡ Y cómo ?

— Sí, culpable en latin quiere decir *nocens*, ¿ no es verdad ?

— Sí, señor, *nocens*.

— Pues bien ; en la carta se dice : *Margota cum Turenno : ambo nocentes, conveniunt in castello nomine Lorgnac*. ¡ Dios mío, cuánto siento no tener el entendimiento tan cultivado como tengo segura la memoria !

— *Ambo nocentes*, — repitió Margarita en voz baja más pálida que su cuello de encaje, — ¡ ha comprendido, ha comprendido !

— *Margota cum Turenno, ambo nocentes*. ¿ Qué diablo ha querido decir mi hermano con *ambo* ? — prosiguió inhumanamente Enrique de Navarra. — ¡ Pardiez ! Es admirable que, sabiendo el latin como lo sabéis, no hayáis explicado todavía esta frase que tanto ha llamado mi atención.

— Señor, ya he tenido el honor de deciros...

— ¡ Ah ! ¡ Diantre ! — interrumpió el rey, — hé ahí á *Turennius*, que se pasea por debajo de vuestras ventanas mirando con cierto aire, como si el pobre mancebo os aguardara. Voy á hacerle señas que suba ; él es muy sabio, y me dirá lo que deseo saber.

— ¡ Señor ! ¡ señor ! — exclamó Margarita levantándose sobre su sillón y juntando las dos manos, — sed más grande, señor, que todos esos chismosos y calumniadores de Fracia.

— ¡ Ay ! amiga mía, me parece que no hay más indulgencia en Navarra que en Francia, y ahora poco vos misma... os mostrabais muy severa con esa pobre Fosseuse.

— ¡ Severa yo ! — exclamó Margarita.

— ¡ Diablo ! apelo á vuestra memoria : aquí, sin embargo, deberíamos ser indulgentes, señora. ¡ Pasamos tan dulce vida, vos en los bailes que tanto os gustan, y yo en la caza, que es mi pasión favorita !

— Sí, sí, tenéis razón, — contestó Margarita, — seamos indulgentes.

— ¡ Oh ! estaba muy seguro de vuestro corazón.

— Porque me conocéis bien, señor.

— Sí. ¿ Conque vais á ver á la Fosseuse, no es verdad ?

— Sí, señor.

— ¿ Y á separarla de las demás camaristas ?

— Sí, señor.

— ¿ Y á darle vuestro médico ?

— ¿ Sí, señor.

— Y nada de enfermeras. Los médicos son discretos por estado ; las enfermeras son habladoras por costumbre.

— Verdad es, señor.

— ¿ Y si por desgracia fuese cierto lo que se dice, y realmente la pobre niña hubiese sido débil y sucumbido...

Enrique alzó los ojos al cielo.

— Lo que es posible, — continuó Enrique. — La mujer es cosa frágil: *res fragilis mulier*, como dice el Evangelio.

— Señor, yo soy mujer, y sé la indulgencia que debo tener con las demás mujeres.

— ¡ Ah ! sabéis todas las cosas, querida mía ; sois á la verdad un modelo de perfección y...

— ¿ Y ?...

— Y os beso las manos.

— Pero creed, señor, — replicó Margarita, — que solo por amor á vos hago semejante sacrificio.

— ¡ Oh ! ¡ oh ! — dijo Enrique, — os conocía bien, señora, y mi hermano de Francia también, él, que tanto bueno dice de vos en su carta, y que añade: *Fiat sanum exemplum statim, atque res certior eveniet*. Este buen ejemplo sin duda, amiga mía, es el que dais.

Y Enrique besó la mano medio helada de Margarita.

Parándose después en el umbral de la puerta, añadió :

— Mil ternuras de mi parte á Fosseuse, señora ; ocupaos de ella como me habéis prometido hacerlo : marchó á la caza ; acaso no os veré ya hasta la

vuelta, acaso sea esta la última vez... esos lobos son unas fieras muy malas ; venid y os daré un abrazo, querida mía.

Abrazó casi afectuosamente á Margarita, y salió dejándola asombrada de todo lo que acababa de oír.